

Por Julián GORKIN

Militante de la izquierda social española e internacionalista consecuente, es de todo punto evidente que yo no podía estar de acuerdo con José María Gil Robles, jefe de la famosa CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) y la figura política más visible y combativa del derechismo en el período de la República. Y el hecho es que, como político y como periodista, no le escatimé nunca mis ataques.

Visto a distancia y serenadas las pasiones, resulta tremendo el drama español. Un drama que viene de muy lejos, prolongado y agudizado durante todo el siglo XIX - el "siglo español de la decadencia lenta y sin gloria", según la observación de Marx - mediante la división de España en dos Españas irreconciliables. Sintió y pintó como nadie este dramatismo Goya, huyendo para morir en Burdeos, y lo lloró y satirizó a la vez, hasta acabar en el suicidio, Larra. Las terribles consecuencias tenemos que pagarlas - seguimos pagándolas - todos los españoles, y casi ininterrumpidamente, durante todo lo que va del siglo XX. ¿Por qué evitar la tentación de personalizarlo en este doble absurdo? Si en octubre de 1934, siendo Gil Robles ministro de la Guerra y secretario de la Alianza Obrera de Levante en el movimiento revolucionario desencadenado en toda España, me hubiera echado mano la policía, no dudo de mi condena a treinta años. Y si al comienzo de la guerra civil hubiera caído él en mis manos, en mi calidad de miembro del Comité Central de Milicias de Cataluña, tampoco dudo de que hubiera sido juzgado y condenado a muerte. Este que yo llamo el drama de ser español - digno por su fatalismo de la tragedia griega - tenía que aparecernos en su abismal hondura desde nuestro primer contacto personal.

Se abre el diálogo

El primer diálogo político con Gil Robles lo abrió en 1947 el líder socialista Indalecio Prieto. Bajo el patrocinio de Ernesto Bevin, líder de las Trade-Unions británicas y ministro de Negocios Extranjeros del Gobierno Atlee, suscribieron un acuerdo en ocho puntos enderezados a preparar la transición democrática española sin signo institucional previo y a resultados de lo que en su día decidiera el pueblo español libremente consultado. El momento parecía bien elegido; habían desaparecido los regímenes nazi y fascista y la ONU, fundada en San Francisco, habíase manifestado bien dispuesta al restablecimiento de un régimen representativo en España. Del fracaso de esta primera - y por lo visto prematura - tentativa no les cupo culpa ni a Prieto ni a Gil Robles. Lo cierto es que nos hubiéramos ahorrado más de veinte años de dictadura y hoy España, normalizada su vida civil, constituiría uno de los pilares de la nueva Europa.

Mi primera conversación personal con Gil Robles fue unos meses antes de la ya histórica Conferencia de Munich (junio de 1962). Por vez primera desde la sangrienta guerra civil y bajo la presidencia de don Salvador de Madariaga, que había tenido la suerte y el valor de mantenerse por encima de los bandos en pugna, el diálogo esta vez fue ampliamente representativo: ochenta delegados del interior y treinta y ocho del exilio, comprendiendo a toda la gama de las oposiciones democráticas y produciéndose en función del porvenir y no del pasado. Con una emoción apenas contenida, tuvimos todos la impresión sincera de que la guerra civil quedaba allí cerrada y de que los conceptos de

- Comentario hecho a petición de algunos amigos de G. R.
se publica en México y en A. Aires.

vencedores y vencidos se reducían a uno más real: la vencida fue España y se trata ahora de reconciliarla y de salvarla. La plataforma en cinco puntos que por unanimidad adoptamos, mereció la ovación más estruendosa por parte del millar de delegados del Movimiento Europeo puestos de pie. Pero en España provocó las iras del franquismo y la campaña más odiosa y mejor organizada de los últimos años: para los monopolizadores y los beneficiarios del poder dictatorial resultaba poco menos que un crimen el diálogo pacífico y constructivo entre españoles. Pretendieron que le cerráramos a España las puertas de Europa cuando lo que hicimos fue establecer los únicos condicionamientos posibles para su apertura. ¿La prueba? Tras más de cinco años de vanos esfuerzos esas puertas siguen cerradas y no se abrirán mientras no se democraticen las estructuras políticas. Algún ministro del propio régimen nos ha mandado a decir que fue una insigne torpeza no aprovechar la ocasión de Munich.

Evitando una deportación a Fuerteventura, la isla canaria a la que deportara el dictador Primo de Rivera a Miguel de Unamuno, Gil Robles, que ya se había impuesto un exilio voluntario entre 1936 y 1953 por no aceptar el hecho de la guerra civil, hubo de volver a exiliarse durante dos años más. En la conversación que precedió a Munich definió así su posición política: "Yo soy monárquico. Pero monárquico liberal, constitucional. Si la monarquía viene por el hecho de la voluntad popular libremente expresada, la acataré y la serviré; de no ser así, me declararé republicano, pues a mí la República me permitió actuar a la cabeza de un partido e incluso en calidad de ministro". Sean cuales fueren las divergencias pasadas y presentes con él, la honradez me obliga a reconocer que se ha atenido desde entonces a esa firme línea de conducta. Y a una línea consecuentemente europeísta: sabe desde hace años, como empiezan a saberlo hoy todos los españoles, que a España no se le ofrece porvenir al margen de Europa y que la europeización de sus estructuras - y en primer lugar de sus estructuras políticas - responde a una necesidad común. En efecto; España necesita integrarse en Europa, pero Europa no puede prescindir de España, sobre todo como puente natural o punto de confluencia entre tres continentes y cuando observamos la extraordinaria importancia que adquiere nuevamente el Mediterráneo. El obstáculo viene hoy aún hoy - y con unas consecuencias mucho más graves que en 1962 - de los restos del franquismo. En enero último se le impidió a Gil Robles tomar el avión en Barcelona para asistir a una importante reunión convocada por el Ejecutivo del Movimiento Europeo en Roma; por unanimidad, los diecisiete países representados le dirigieron una enérgica protesta al general Franco.

"No fue posible la paz".

He tenido el raro privilegio de leer uno de los primeros el manuscrito de "No fue posible la paz", el libro de memorias de José María Gil Robles. No tengo por qué ocultarlo: mi primera reacción fue francamente desfavorable. Peor aún: sufrí un cierto desencanto. Ya he apuntado al comienzo que yo había vivido los acontecimientos historiados como un militante político-social de la izquierda y que sólo como adversario - como combatiente - habíame planteado las posiciones de la derecha. Es evidente que todos los reflejos históricos volvieron a tomar cuerpo en mí e influyeron en mi primer juicio. Por otra parte, ahora conocía directa y personalmente al autor, coincidía con algunos de sus planteamientos de cara al futuro democrático español y me resistía a creer que pudiera tratarse del mismo hombre. Hago constar esta primera

reacción porque supongo que será poco más o menos la misma que la de los lectores pertenecientes a la izquierda histórica. Y es que las pasiones llegaron durante aquel periodo al rojo vivo, fue tremendo el trauma producido por la guerra civil y, quierase o no y por mucho que se nos imponga hoy a todos el peso de la razón, las heridas siguen semiabiertas.

¿Y es oportuno el libro a los treinta y tantos años de los hechos? El mismo temor me lo ha apuntado un viejo amigo del autor: llega demasiado pronto o demasiado tarde. ¿Por qué esto último sí, como apunta el propio interesado, en el prólogo, las partes esenciales de las memorias fueron escritas en los últimos meses de 1936 y en los primeros de 1937? Publicadas entonces, hubieran evitado sin duda no pocos juicios erróneos por parte de los historiadores imparciales y de indudable buena fe, generalmente extranjeros. Y la prueba la tenemos en que el propio Gil Robles se ve obligado a numerosas correcciones en la versión que da ahora a la estampa. Mas él mismo se explica: "Vacilé mucho antes de coger la pluma, como también he vacilado, años después, antes de decidirme a la impresión del libro. Frente a la oleada de ataques y calumnias en que se convirtieron las entusiastas aclamaciones de otro tiempo, experimenté una sensación de repulsa y desdén, que ahogó en un principio todo intento de defensa". Este amargo reproche se dirige, claro está, a las derechas reaccionarias que le siguieron y aclamaron en su auge; declarada la guerra cainita, pasáronse con armas y bagajes al franco-falangismo y se volvieron en contra de su antiguo jefe, al que acusaban de no haberlas seguido. Peor aún: le reprochaban que no hubiera aprovechado su paso por el Ministerio de la Guerra, la colaboración de los principales jefes del Ejército y el fracaso insurreccional de Octubre de 1934, para la instauración de una dictadura fascista al amparo de Hitler y Mussolini. Quizá hay que ver aquí, cuando bordea los setenta años y es posible establecer en su catastrófica magnitud el balance general del franquismo, su decisión de publicar el libro. Por eso sin duda añade a renglón seguido que "la historia de la segunda República española se ha escrito casi siempre bajo la presión implacable de quienes no pueden consentir que haya más que una verdad oficial, impuesta por el poderoso mecanismo de la propaganda gubernativa".

Franquistas más o menos de adopción en el interior y antifranquistas consecuentes en el exilio, numerosos han sido los personajes o personajillos que se han creído obligados a producir sus memorias. Se trata, por lo general, de una justificación y una defensa de su actuación política o militar. Más o menos acertadamente - a mi juicio menos, pues no creo legítimo hurtar esos materiales al juicio histórico -, los testimonios quizá principales siguen bajo llave: me refiero concretamente a las memorias de Azaña, de Largo Caballero, de Martínez Barrio, muy parcialmente conocidas o simplemente desconocidas. ¿Cómo discutirle a Gil Robles, el hombre más atacado por tirios y troyanos, el derecho a defenderse o sencillamente a explicarse? Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo con la justificación histórica de su política de jefe de la CEDA y de Ministro de la Guerra en un momento crucial para la República; democráticamente nadie puede discutirle ese derecho. Y son cosas diferentes esa justificación pasada, que en él y desde su punto de vista responde a un deber de conciencia respecto de sí mismo y de la Historia, y su contribución desde hace años - y creo sinceramente que sin apetitos de poder - al diálogo y al acuerdo entre todas las fuerzas capaces de restablecer la convivencia civil española.

Su libro es sin lugar a dudas documentado en extremo y a la par sincero y honrado. Las citas, las referencias, los datos estadísticos y las fechas, los lugares y las asistencias alcanzan por momentos un prurito tal de exactitud, que si bien preciosos para el historiador para el simple lector resultarán quizá un tanto pesados. Podría, por otra parte, ocultar o silenciar éstas o las otras cosas; ~~xxxxxx~~ acepta abiertamente, por el contrario, la plena responsabilidad de sus palabras y de sus actos. Dos ejemplos: fracasada la insurrección de Asturias de 1934, exigió el fusilamiento del líder socialista González Peña. (Simple dato anecdótico: mientras tanto movía yo desde París a la opinión internacional en su favor). Triunfante el Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, solicitó del entonces Presidente del Consejo de Ministros que decretara el estado de guerra en el país creyendo poder atajar así los desbordamientos populares.

La doble frustración

Los dos primeros bienios de la República recibieron a mi juicio denominaciones impropias: "rojo" el primero y "negro" el segundo. Respondieron realmente a estados pasionales y a la consiguiente exacerbación del lenguaje. Lo que hubo en verdad fue un periodo reformista de centro-izquierda y un periodo contrareformista -o reformista de las reformas hechas o intentadas- de centro-derecha. Empecemos porque la caída de la Monarquía y la proclamación de la República, mediante unas simples elecciones municipales, sorprendieron por igual a monárquicos y a republicanos y socialistas. Olvidando las experiencias y las lecciones del siglo XIX y del primer tercio del XX -los continuos forcejeos entre las fuerzas de liberación y las fuerzas de conservación o reacción-, unos y otros parecieron creer que sería posible en España, a cubierto de una juridicidad constitucional más o menos perfecta en la letra, un juego democrático-parlamentario normal según los modelos de Francia y de la Alemania de Weimar. Pero la realidad estructural y sociopolítica de España representaba un evidente atraso respecto de la francesa y la alemana, que habían hecho su revolución democrática en el siglo XIX y, la primera, la revolución clásica y de fondo ya en la última década del XVIII.

Por debajo de las formas constitucionales y del juego parlamentario -y de las reformas mucho más en la intención y el verbo que en los hechos-, había unos problemas vivos que pedían pronta y radical solución y latían unas aspiraciones profundas en la masa del pueblo. Diríase que para las fuerzas de centro-izquierda, la República, como caída del cielo, representó o poco menos un fin en sí misma; pocos comprendieron que era o debía ser, por el contrario, el comienzo de un proceso de transformaciones y realizaciones de fondo si no se quería correr el albur de una fatal frustración. Imponíase, en suma, la necesidad de revolucionar a la sociedad española y de reestructurarla y reintegrarla sobre nuevas bases: su constitucionalización hubiera debido seguir después. Así han sido todas las auténticas revoluciones creadoras de la Historia. En su lugar, el anuncio y la aceptación de una "República conservadora" -¿creíanse poder conservar las bases y los estamentos del régimen caído en un nuevo o renovado encuadramiento jurídico?- tenía que provocar una serie de conflictos y de crisis en torno a los problemas reales: la reforma a fondo del régimen de la propiedad y las audaces reformas del Ejército y de la Iglesia, los tres pilares efectivos del pasado feudal-monárquico, y, en fin, la reestructuración del Estado, de abajo a arriba y teniendo en cuenta la variedad étnica de los pueblos peninsulares. Ciertamente es

que en todos estos dominios se elaboraron y aprobaron reformas; pero tan tímidas y lentas - y dando lugar a tales forcejeos -, que más que a resolver contribuyeron a exasperar los problemas. Me parece de todo punto indudable - y ahí está la experiencia como prueba - que si el primer bienio hubiera sido capaz de realizar firmemente esa obra, en lugar de frustrar los entusiasmos populares al tiempo que se rehacían y organizaban las fuerzas adversas, el segundo bienio no hubiera sido posible.

A su vez y por razones contrarias, este segundo bienio tenía que significar una frustración para las fuerzas de conservación social, exasperadas pero no desarraigadas y ávidas de revancha. Desde este punto de vista el libro de Gil Robles constituye un valioso documento. A los que vivimos los acontecimientos españoles desde la vertiente izquierdista, nos sirve de ilustración esta vertiente derechista. El drama español cobra así una visión panorámica y una conciencia más profunda. Los franquistas - los advenedizos del franquismo al producirse la guerra civil o después - han dado en llamar a Gil Robles "el gran fracasado". Sí y no. Lo fue en cuanto intentó atenerse al juego legal, parlamentario, accidentalista según un término ya corriente, en lugar de salirse de él para encabezar un golpe de Estado o, como se decía entonces, una contrarrevolución preventiva. Pero si se tiene en cuenta el balance del régimen franquista y la situación creada en España, el "gran fracasado" no resulta ciertamente él ni, aún derrotados un día por una siniestra confabulación internacional, nos lo consideramos ninguno de nosotros.

La doble frustración, la del bienio llamado "rojo" y la del bienio llamado "negro", tenía que conducir, en una especie de alternancia pendular, al triunfo del Frente Popular y a una exasperación violenta de las dos Españas. La una y la otra, de fuerzas poco más o menos equivalentes, fueron polarizándose en unos meses hacia los extremos, entregándose a atentados y contratentados y preparándose para el gran enfrentamiento. Leyendo los últimos capítulos de "No fue posible la paz", resalta el montaje conspirativo de los altos mandos del Ejército y de los núcleos monárquicos y falangistas, pero asimismo la sorprendente imprevisión gubernamental. ¿Cómo es posible que los Mola, Franco, Fanjul, Goded y otros numerosos generales, coroneles y comandantes tuvieran en sus manos tan importantes resortes militares en todo el país? ¿Y que no se conocieran sus gestiones cerca de Roma y Berlín? En la eventualidad de una guerra civil, larga y cruenta, nadie parecía creer. Los conspiradores de la Unión Militar Española y de la reacción monárquico-falangista creyeron que caería el poder en sus manos mediante un simple pronunciamiento de corte clásico. El Gobierno creyó sin duda que, de producirse el pronunciamiento, no pasaría de una "sanjurjada" como la de agosto de 1932. Uno y otros parecieron olvidar, como en otras muchas ocasiones y precisamente en España, la existencia del pueblo. Nadie valoraba exactamente su vitalidad, su madurez, su decisión. ¿Cómo creer que, aun habiéndosele negado las armas hasta el último momento, sería capaz de hacer fracasar el levantamiento en los principales centros del país? ¿Y de organizar y mantener la resistencia durante treinta y dos meses, no obstante una relación de fuerzas, nacional y sobre todo internacionalmente, absolutamente desfavorable?

Pero todo eso pertenece al pasado. Un pasado altamente aleccionador susceptible de enjuiciamiento y de críticas, caramente pagado por varias generaciones de españoles, pero que por nuestra parte debemos reivindicar dignamente y a la faz del mundo. Y que contará de cara al porvenir.